

Neofascismo: muerte y resurgimiento de la posición política

JAMES PETRAS

INTRODUCCIÓN

En muchas áreas del Tercer Mundo se han establecido de manera firme regímenes altamente represivos como parte de lo que podríamos denominar escenario "permanente".¹

Para algunos observadores este fenómeno se asocia comúnmente con el problema general de las zonas atrasadas o, dicho de manera más correcta, de los países subdesarrollados; a falta de la experiencia política y la tradición de Occidente, el régimen dictatorial es lo mejor que puede esperarse.² Para otros, los regímenes actuales son meramente continuaciones de pasadas tradiciones autoritarias más organizadas, burocratizadas quizás, pero firmemente enlazadas a un pasado en el cual el gobierno de las minorías era la norma.³ Ambos enfoques hacen hincapié en 1) los factores *internos* que conducen a las estructuras represivas y 2) la continuación con el pasado: más represión, pero el mismo tipo de régimen. Estas perspectivas de la ola reciente de regímenes represivos son fundamentalmente erróneas: los orígenes y proliferación de regímenes represivos no son producto de desarrollos internos sino respuestas a exigencias que se originan primariamente en un nivel global. En segundo lugar, la organización y funcionamiento del Estado y su relación con los procesos económicos y estructuras sociales es enteramente diferente del Estado dictatorial del pasado.

¹ Para un resumen de algunos aspectos de represión en el Tercer Mundo, aunque no exclusivamente esa parte del mundo, ver *Amnesty International Report: 1977* (Londres: Amnesty International Publications, 1977).

² Samuel Huntington, *Political Order ni Changing Societies* (New Haven: Yale, University Press, 1968).

³ Los artículos de Stritch, Wiarda y Pike son especialmente importantes dentro de la colección editada por Frederick Pike y Thomas Stritch en *The New Corporatism* (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1974).

El término que mejor expresa el *carácter* de este nuevo Estado, su relación con la estructura de clases y el sistema económico, es “neofascista”.⁴ Fundamentalmente, el Estado existe a través del uso directo, permanente y extendido, de la fuerza, siendo la coerción el elemento clave que ata a las diversas clases en las relaciones productivas. El elemento ideológico en la dictadura es claramente secundario y restringido a las minorías. La “autoridad” está representada a través de las figuras de la fuerza. No es necesario que la autoridad se reconozca libremente como fuente de legitimidad. La sumisión de los ciudadanos al Estado no se basa en el reconocimiento de la autoridad legítima, sino en el miedo generado por el uso o la amenaza de la fuerza. Como consecuencia, la tradición autoritaria se subagrega a un universo más amplio de violencia que se extiende a toda la sociedad y afecta todas las áreas de la vida social.

La organización del Estado se permea con las fuerzas de la violencia. Es menos importante la proliferación en el gobierno de funcionarios militares a los cuales estén encomendadas todas las tareas políticas y económicas; lo esencial es la penetración de la vida política y económica con la instrumentación de la violencia. Funcionarios cuyo contacto directo es con las fuerzas represivas militares y policíacas, dictan y ponen en vigor las relaciones de educación y de trabajo. El hecho de que los funcionarios de la violencia lleguen a figurar en papeles burocráticos y rutinarios dentro de las estructuras burocráticas dice poco acerca de los dinámicos lazos que les permiten ejercer las herramientas de la violencia, enredar los procedimientos y las líneas de autoridad de la organización burocrática y comprometerse en modalidades extraburocráticas de represión. En algunos aspectos, la estructura burocrática es una fachada —un disfraz que oculta las múltiples formas de represión y la naturaleza arbitraria del Estado. En este sentido, la noción de autoritarismo-burocracia por sí misma es una ideología que sirve para mistificar la naturaleza violenta y arbitraria del Estado.⁵

⁴ Para un análisis del fascismo en América Latina véase de Marcos Kaplan, “Hacia un Fascismo Latinoamericano?” *Nueva Política* (México), UNAM, 1977). Véase también *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 39, nos. 1 y 2, ambos números dedicados al “Estado y Proceso Político”.

⁵ Para un informe general de esta perspectiva, ver de Guillermo O'Donnell, *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism: Studies in South American Politics*, Berkeley, Calif.: Institute of International Studies, University of California en Berkeley, 1973). El enfoque en términos generales subestima la clase y calidad de la represión, exagera la autonomía de la burocracia enfrentada a la estructura de clase, subestima el papel del imperialismo, confunde la postura “tecnocrática” de funcionarios de nivel medio y de elementos ideológicos importantes en la conducción del régimen. Finalmente, esta perspectiva contempla el “autoritarismo burocrático” como un mecanismo para “profundizar” la industrialización más que un producto del empuje del flujo del capital extranjero y los conflictos de clase dentro de un país. Este enfoque, al mismo tiempo, concibe de manera demasiado estrecha la dimensión económica (vinculándola a una etapa particular de la ex-

Nuestro análisis del Estado neofascista consistirá en un análisis de la organización del Estado, su papel económico, su racionalización ideológica: en seguida procederemos a compararlo y contrastar el neofascismo con el fascismo europeo. Concluiremos esta sección con un breve comentario sobre la cuestión de si el neofascismo o autoritarismo burocrático es una elaboración analítica más apropiada para analizar los actuales regímenes represivos. En la segunda parte de este documento analizaremos los procesos globales e internos que han convergido para dar forma a la configuración particular de las características que hemos definido como "Estado neofascista".

Hacia una definición del estado neofascista. La organización del Estado.

Diversas características típicas del Estado neofascista se encuentran en otros tipos de Estados, pero su combinación es lo que distingue a los primeros. La formación y el carácter esencial del Estado neofascista es el carácter extranjerizante del mismo. El origen, mantenimiento y defensa del Estado neofascista depende fuertemente de las actividades del Estado metropolitano. Este factor explica el poder desproporcionado del Estado sobre el resto de la sociedad civil así como su relativa autonomía de presiones y demandas particulares dentro de la sociedad. La organización del Estado neofascista es, en parte sustancial, el resultado de la inserción de una parte del aparato del Estado metropolitano en la política del Tercer Mundo y la promoción de un conjunto de aparatos estatales fundamentalmente las burocracias militares y policíacas.⁶ El hecho de que los países capitalistas avanzados sean los que sostengan estos aparatos, conduce a que su desarrollo tecnológico y su integración sean mucho mayores que los del resto de la sociedad. Las características de "sobredesarrollo" del Estado neofascista son un ejemplo excelente de la alianza externa que los nutre.

La segunda característica del Estado neofascista es la permeabilidad de la sociedad por las fuerzas del orden y la violencia. El terror y las purgas son actividades repetitivas que varían en intensidad y alcance.⁷

pansión industrial e ignorando la evolución a escala mundial y el surgimiento del fascismo anterior, durante y después del proceso de "profundización") y la importancia singular del conflicto de clases que crea la "necesidad" por la profundización... de la represión. Ver Liliana de Riz, "Formas de Estado y desarrollo del capitalismo en América Latina", Revista Mexicana de Sociología, vol. 39, no. 2, Abril-Junio 1977.

⁶ Michael Klare, *Exporting Repression* (Washington, D.C.,: Center for International Studies, 1977).

⁷ El número de muertes, encarcelamientos y exilios suma cientos de miles y, en algunos casos, aún más: en Indonesia más de 500,000 fueron asesinados después

El crecimiento de las fuerzas paramilitares —sin contar la policía regular y las fuerzas militares— complementa y trata de disfrazar la relación directa de los niveles más altos del gobierno en los procesos de coacción física. La represión sistemática (incluyendo el extendido uso de la tortura, el asesinato y el secuestro) corre paralela a la ausencia de procedimientos jurídicos regulares. La arbitrariedad es la norma, y cada norma (incluyendo aquellas establecidas previamente por el régimen) puede ser rescindida e implantarse otra en su lugar. Estos métodos de gobierno están basados en la concentración y centralización del poder dentro de la rama ejecutiva —una estructura que subordina completamente todos los órganos representativos de la sociedad civil a los mandatos del ejecutivo dictatorial. La escala y el alcance de la coerción física y la organización del Estado para comprometerse en su aplicación sistemática constituyen un ingrediente central del Estado neofascista, pero no pueden ser separados de sus componentes socioeconómicos e ideológicos. El Estado neofascista en el período inicial es fundamentalmente un Estado represivo, un aparato creado para destruir las organizaciones de movilización de masas, la aniquilación de militares, en un sentido específico, la sistemática desmovilización de las masas. Pero esta función inicial no agota las características históricas del Estado neofascista. Más bien, esta “revolución”, como sus partidarios la denominan, es la base para la “reconstrucción”, es decir, la creación de políticas, instituciones y condiciones para un tipo particular de desarrollo socioeconómico. Por tanto, el Estado neofascista tiene como su segunda función esencial la creación de condiciones para una expansión en gran escala, a largo plazo, basada en la promoción de capital multinacional.⁸ Así, el mero proceso de desmovilización de las masas confluye en una política para crear las condiciones óptimas para el desarrollo del capitalismo: el proceso de represión de la izquierda está directamente unido a la “disciplina” de la fuerza de trabajo para la producción capitalista; la elaboración de proyectos de infraestructura gracias al crecimiento de empresas estatales se une al aumento de la inversión extranjera en manufacturas, minería y agricultura. El Estado neofascista, a través de la extensión de una multiplicidad de actividades estatales, se inserta por sí mismo como una fuerza complementaria que promueve el aumento de la ingerencia extranjera. Sin embargo, la centralización del poder del Estado, el control del Estado sobre los recursos internos y el aumento de empresas estatales

del golpe fascista de 1965 y cientos de miles más fueron encarcelados; en Chile las cifras totales son mayores a 25000; Argentina, 15000 a 30000; Uruguay tiene cifras similares. Véase *Reports of Bertrand Russell Tribunal of Repression in Latin America 1974-1976* (Roma, 1976).

⁸ Las comparaciones del flujo de ayuda financiera antes y después de los golpes fascistas de Brasil y Chile apoyan esta tesis. Véase James Petras & Morris Morley, *United States and Chile* (Nueva York: Monthly Review, 1975), pp. 165-66; para un análisis posterior de Chile véase Orlando Letelier, *Chile: Economic Freedom and Political Repression* (Washington, D.C.: T.N.I. Publications).

producen un componente nacionalista dentro del régimen neofascista, que se contraponen al capital extranjero en una serie de medidas dentro de su común proyecto de desarrollo económico. El control absoluto político crea, en algunas facciones del régimen neofascista, un deseo de extender el poder del Estado en la esfera económica, compitiendo y desplazando al capital extranjero.⁹ Este elemento nacional fascista es reprimido por la dependencia a largo plazo establecida dentro de la sociedad civil y el Estado y por el hecho de que tiene pocas bases independientes, aparte de los militares, al interior del arreglo institucional neofascista. Al rechazar a los "nacionalistas", las corrientes principales del neofascismo en el régimen abrazan otras corrientes ideológicas —la doctrina de la seguridad nacional, la reanimación de la tradición y la modernización económica—. Dependiendo de la historia particular, la cultura y la región, la racionalización ideológica del neofascismo ha variado. Lo que poseen en común todas estas variantes, sin embargo, es el rechazo de una definición clasista de la sociedad como medio para definir los instrumentos destinados a la represión de los conflictos de clase. La doctrina de la seguridad nacional permite al régimen promoverse como guardián de los "intereses nacionales" definidos como la jerarquía existente de clase. A partir de 1960, más y más regímenes neofascistas han empezado a legitimar su gobierno por medio de la doctrina de la seguridad nacional: la abolición de partidos, elecciones, sindicatos, fue justificada por los neofascistas bajo esta doctrina. Como un corolario, la noción de "guerra interna" se desarrolló en lugar de la confrontación internacional. La subordinación de la sociedad civil al régimen fue un resultado lógico. En el Tercer Mundo, sirvió para atomizar a la clase trabajadora y subordinar la burguesía nacional al capital internacional.

Sin embargo, la contradicción entre la atadura neofascista a la doctrina política de la seguridad nacional y su subordinación económica al capital extranjero han debilitado los atractivos y la efectividad de la doctrina, excepto dentro de los confines del complejo multinacional del Estado, adonde ha tomado el carácter de un escrito sagrado. Las políticas y las medidas se definen en términos de su contribución a la seguridad nacional.

La doctrina de la seguridad nacional se ha asociado frecuentemente a estridentes ataques a los oponentes "comunistas", que se describen como enemigos de la seguridad nacional y representantes de potencias extranjeras. El anticomunismo y la demonología asociada con él, son usados por el régimen para distraer la atención de los aspectos de desigualdad y dependencia así como para aliarse con los grupos más retrógrados en

⁹ Brasil es un ejemplo importante de esfuerzos por proyectar una corriente nacional independiente después de un período de extrema dependencia. Infortunadamente, este esfuerzo nacionalista ha sido grandemente exagerado por algunos escritores que enfocan su análisis hacia políticas específicas en coyunturas particulares sin tomar en cuenta la importante dependencia financiero-tecnológica.

la sociedad y subordinarse él mismo a las potencias occidentales. Los señuelos del anticomunismo están generalmente vinculados a evocaciones tendientes a revivir la tradición: la promoción de la autoridad religiosa moralista. Estos llamamientos, unidos, se complementan sin embargo con la idea de la modernización económica. Copiando la literatura de la ciencia social occidental (y los primeros "slogans" del fascismo europeo) los neofascistas justifican su régimen por medio de cifras del crecimiento económico, el crecimiento de la industria, las exportaciones, el ingreso total, etcétera. La retórica de la "modernización" disfraza de manera muy conveniente los niveles de explotación, concentración del ingreso, condiciones de vida de la fuerza trabajadora, etcétera. Así, la ideología del neofascismo intenta hermanar los credos tradicionales reaccionarios y las autoridades, a la dinámica de una expansión capitalista inducida desde el extranjero. Los llamamientos ideológicos varían así por capas sociales: para la élite, la doctrina de la seguridad nacional; para las masas, anticomunismo y moralidad tradicional. El régimen neofascista produce su propia síntesis ideológica —importando y combinando la "modernización" con el "tradicionalismo" como instrumentos para la dominación ideológica— mientras usan las doctrinas de la "seguridad nacional" y el "anticomunismo" para legitimar la represión física.

El fascismo europeo y el neofascismo del Tercer Mundo

El neofascismo contemporáneo del Tercer Mundo comparte con su contraparte europea anterior algunas características. Ambos regímenes descansan fundamentalmente en el terror y en la represión para sostener el orden capitalista socioeconómico y promover su desarrollo. En ambos casos, la ideología ha sido uno de los factores más importantes del régimen, definiendo objetivos y adversarios y exaltando el régimen. En ambos, la organización del Estado permeabiliza la sociedad civil y subordina toda la organización social. Las versiones pasadas y presentes del fascismo concentran el poder mucho más allá que el autoritarismo tradicional y los estados democráticos y no tienen límites en el grado y fronteras de coerción. Esta configuración es lo que define la naturaleza esencial fascista de los regímenes. Sin embargo, las variaciones y diferencias dentro de este común denominador son substanciales y consecuentes con la evolución de los regímenes y el tipo de contradicciones que pueden surgir. Las diferencias se refieren a patrones de desarrollo económico, a elementos ideológicos y a la base social de apoyo. El fascismo clásico estaba orientado fuertemente hacia un desarrollo económico con una base nacional interna; el Estado y la burguesía nacional eran los dos motores gemelos para la organización y movilización de

recursos y la expansión de las inversiones.¹⁰ Los firmes lazos entre la burguesía nacional y el Estado fascista daban algún significado a su pretensión de ser un movimiento de resurgimiento nacional. En contraste, el Estado neofascista funciona esencialmente en el interior y como instrumento de un desarrollo dependiente: financiamiento exterior e inversión, mercados de exportación, etcétera, son la esencia de la estrategia económica de estos regímenes. Los contornos de la política están esencialmente basados en las "relaciones externas". Los llamamientos del régimen y sus orígenes de apoyo pueden dirigirse originalmente hacia un amplio ordenamiento de fuerzas, pero conforme pasa el tiempo el desarrollo de las decisiones económicas se concentra cada vez más en una alianza del Estado neofascista y la multinacional.

Estas diferentes estrategias económicas, reflejan las diferentes bases sociales que cada vez definen más las variaciones en la trayectoria del fascismo en los países dependientes y en los capitalistas avanzados. En el momento inicial de la toma del poder por los fascistas, especialmente en momentos de crisis y polarización, existe la posibilidad de obtener una base de apoyo de las masas. Estas masas son muy heterogéneas e incluyen clases con intereses contradictorios. Sin embargo, dado el carácter expansivo y nacional del fascismo clásico, sus políticas de pleno empleo pueden obtener un apoyo sustancial, posterior a la toma del poder. En el caso del neofascismo, dado su carácter dependiente y la falta de compromiso para dar empleo a las masas, el apoyo de las clases medias nacionales y los grupos de ingresos más bajos que pueden haber sido inicialmente atraídos por sus llamamientos ideológicos empieza a disolverse. La desintegración de la base amorfa de apoyo se acelera por el modelo económico que empuja a la burguesía nacional a un papel secundario. El crecimiento del poder del Estado y la expansión de las multinacionales limita el espacio en el cual puede funcionar el capital nacional; la depresión de salarios mina el mercado local deteriorando posteriormente la base del apoyo de la clase media. La falta de apoyo de las masas, a su vez, impide la formación de partidos de masas y organizaciones, características prominentes en la experiencia fascista y corporativa. El

¹⁰ Franz Neumann, *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism 1937-1944* (Nueva York: Octagon Books, 1963).

¹¹ En América Latina el carácter central de la política de clase sobre la burocracia se muestra por los cambios y ajustes en el personal militar y político como un resultado de las presiones de clase desde el centro imperial; en Chile el jefe de la policía secreta es expulsado, se declara la "amnistía" (incluyendo los criminales en la fuerza policiaca), etcétera. En Brasil, son atacados los esfuerzos de los burócratas del Estado por controlar la exploración del petróleo y expandirse a expensas de las corporaciones multinacionales. Véase "Business Latin America", Marzo 15, 1978, pp. 86-87. El estira y afloja entre los burócratas estatales y las corporaciones multinacionales sobre los términos de la explotación pueden apreciarse analizando el costo de la tecnología. Véase "Latin America Economic Report", vol. VI, no. 9, 3 de marzo, 1978, p. 66.

militar permanece como la vértebra del movimiento: la burocracia se convierte en la "forma exterior" a partir de la cual opera el régimen fascista, más que el partido de masas.

Con estas desigualdades en la base social y la estrategia económica, surgen diferencias en los señuelos ideológicos: el énfasis clásico fascista en los llamamientos a las masas de nacionalismo y socialimperialismo se traduce en el neofascista en llamados a la "seguridad nacional", dirigidos hacia la constitución de una élite. Algunos neofascistas se comprometen en aventuras expansionistas (Indonesia en el este de Timor y las perspectivas continentales de Brasil) pero les falta el atractivo para las masas y el apoyo de éstas, y operan en la influencia de las grandes potencias. Mientras ambos promueven rabiosas campañas anticomunistas, los neofascistas generalmente omiten las ideas abiertamente racistas y antisemitas presentes en la versión temprana del fascismo.

En vez de eso, los fascistas contemporáneos están más directamente interesados en el contenido de clase de la oposición: anticomunismo sin antisemitismo conducen a un ataque más destilado y concentrado contra la base social de la política anticapitalista. Más que los antiguos llamamientos irracionales a la "sangre" son los nuevos llamamientos a la "modernización" por medio del sudor y la sangre de la fuerza trabajadora. Grandes masas de fuerza laboral barata, disponible para la explotación dentro y fuera de las "plataformas de exportación", fortalecen los lazos entre los regímenes neofascistas y las multinacionales, así como la cacería de los judíos servía para crear lazos entre el Estado fascista y la pequeña burguesía.

La apropiación del trabajo en nombre del desarrollo no es más racional bajo los regímenes brasileño, indonesio o coreano que la destrucción llevada a cabo por el fascismo europeo de las llamadas "razas inferiores" en nombre de la grandeza de la madre patria.

Las diferencias entre el fascismo y el neofascismo tienen importantes consecuencias para el desarrollo de sus contradicciones. La muerte del fascismo clásico fue esencialmente un resultado de la expansión externa que entró en conflicto con las potencias establecidas, conduciendo a rivalidades, guerra y derrota. El neofascismo basado en la explotación interna ha hecho que se intensifiquen una serie de conflictos verticales y horizontales que involucren al trabajo y a las clases medias contra el régimen y las multinacionales. La tensión entre una base económica que se estrecha, la erosión de los llamados ideológicos y del apoyo de las masas por una parte, y la búsqueda constante de una fórmula institucional para estabilizar y legitimar la dictadura ha llevado a los neofascistas a buscar medios de disfrazar el contenido fascista del régimen a través de un cambio de ropaje (elecciones controladas y arregladas, amnistía, etcétera). En un nivel más sofisticado, los ideólogos intentan enfatizar el aspecto racional/técnico del régimen, dando prioridad a los elementos del desarrollo y la estructura formal del poder. De esta ma-

nera, el neofascismo aparece transformado en “autoritarismo burocrático” en el que la clase capitalista dominante es “sustituida” por diversas nociones de dominación burocrática y la autoridad es reemplazada por el terror.¹² El hecho de que el Estado neofascista exija un precio por satisfacer las demandas de la clase capitalista, de ninguna manera sustrae la esencia de la situación; las operaciones de acumulación y apropiación de las utilidades engrasan las manos de los gendarmes y de los técnicos del Estado **fascista**.

Neofascismo y acumulación en una escala mundial

El surgimiento del neofascismo en los países del Tercer Mundo, con antecedentes históricos y estructuras sociales internas diferentes, sugiere que hay un factor común externo que opera conjuntamente con los procesos internos para producir el fenómeno común que conocemos con el término genérico de “neofascismo”.

El surgimiento del neofascismo en Chile, Brasil, Uruguay, Argentina, Indonesia, Irán, Corea del Sur, y la tendencia a regímenes que desarrollen políticas que apuntan a la misma dirección entre un gran número de países sugiere que estamos tratando con un fenómeno histórico mundial.

El proceso de formación del neofascismo no es, sin embargo, un producto de una sociedad global moviéndose inexorablemente hacia un objetivo común; más bien, es el producto —ciertamente el resultado directo— de clases en conflicto (y aun en ocasiones fracciones competitivas dentro de la misma clase) actuando dentro de una formación social, pero obteniendo apoyo e información de fuerzas sociales que actúan en el nivel global. El hecho central que manifiesta el surgimiento del neofascismo en una escala mundial es el aumento del capital a escala mundial. Esta singular “coincidencia”, por supuesto, no es fortuita, como procederemos a analizar. Desde la segunda guerra mundial, las inversiones de los Estados Unidos y los activos fijos en el extranjero se han multiplicado varias veces; sea en inversión directa, préstamos, o captación de ahorros locales a través de filiales bancarias. Más aún, una proporción creciente del comercio entre los países del Tercer Mundo consiste en intercambios entre filiales y corporaciones domésticas, que representan un 35% del

¹² Cândido Mendes *Beyond Populism* (Albany, N.Y.: Graduate School of Public Affairs, SUNY/Albany, 1977).

¹³ Richard Barnet and Ronald Müller, *Global Reach* (Nueva York: Simon and Schuster, 1974), Part II, pp. 123-212.

comercio total en América Latina.¹⁴ La expansión del capital imperial ha ido mucho más allá de los sistemas de enclave de plantaciones y minería del pasado y ahora abarcan la totalidad de las actividades económicas que cubren el país entero; manufacturas, servicios, comunicaciones, finanzas, etcétera. La extensión del control y las ganancias por medio de contratos de administración, tecnología y ventas han aumentado tremendamente en años recientes.

De manera paralela a este proceso global de acumulación, han surgido países elegidos como objetivos específicos para inversiones en gran escala a largo plazo; países cuyas políticas y prácticas facilitan el crecimiento sin impedimentos del capital, con un máximo de garantías políticas. En la mayor parte de los casos, éstos son los regímenes neofascistas o aquellos que más se aproximan al modelo. Parece completamente claro que los regímenes neofascistas han sido los más efectivos para crear un clima de inversiones que conduzca a un flujo de capital externo en gran escala y a largo plazo.

Aunque el proceso de acumulación y reproducción de capital sigue lógicamente a la forma capitalista de producción, las áreas de expansión, los "riesgos" que acompañan la inversión, son, en gran medida, cuestiones políticas.¹⁵ La lógica de apropiación del valor excedente ha estado siempre acompañada por conflictos entre el capital y el trabajo. El problema para el capital es localizarse en áreas y actividades económicas en las cuales el nivel de conflicto sea compatible con tasas óptimas de utilidades. El problema específico que enfrenó el capital imperial en los años sesenta y en los setenta fue que grandes excedentes de capital que necesitaban expandirse a nuevas áreas se enfrentaron a una movilización creciente de la fuerza de trabajo que fue intensificando las restricciones a la movilidad del capital, sus tasas de explotación y aun sus mismas posibilidades de existir.

El problema para la expansión del capital fue entonces su perspectiva global que entraba en conflicto con las fuerzas sociales particulares que surgían dentro de formaciones sociales específicas que ofrecían los prospectos más lucrativos para la expansión, principalmente Brasil, Argentina e Indonesia, entre otros.

El tipo de solución política que se perfiló tenía que responder a varios imperativos imperiales:

1. El régimen tenía que desarrollar *controles de gran alcance* sobre la fuerza total de trabajo y el aspecto político, pues el empuje del nuevo capital comprendía la sociedad entera, no solamente los "enclaves".

¹⁴ *Transnational Corporations in World Development: A Reexamination*, United Nations, Center on Transnationals, Abril 1978, Sales No. 78 11A5.

¹⁵ Sobre el papel del Estado imperial véase Petras y Morley, *op. cit.* Prefacio.

2. El régimen debía retener el control *indefinidamente* y no ser un mero régimen “encargado de cuidar”, pues el capital maduro no se interesaba en aventuras especulativas sino en inversiones a largo plazo; y por lo tanto necesitaba garantías de estabilidad a largo plazo.

La fórmula neofascista llenaba ambos requerimientos. La forma en que la sociedad es permeabilizada por el régimen y su sentido de “misión histórica” habían servido para proporcionar las garantías requeridas por el capital corporativo. La resolución de los conflictos internos a través de una “reversión” hacia la violencia, purgas y arrestos ha hecho clara la constante necesidad de renovar los compromisos con el capital, a menos que surjan situaciones políticas que violen las garantías a la inversión.

El flujo masivo de capital, tasas de crecimiento industrial substanciales y altos niveles de explotación relativa y absoluta que acompañan al neofascismo promovieron el desarrollo del capital extranjero. La “alternativa” neofascista frente al conflicto de clases y al desarrollo nacional basado en la revolución social estriba en la transformación capitalista de la sociedad en gran escala, que acarrea desigualdades masivas, rigidez social, grandes reservas de mano de obra barata y formas de recolonización, por ejemplo, el establecimiento de plataformas de exportación en las cuales las multinacionales, para todos los fines y propósitos, poseen soberanía.¹⁶ El neofascismo surge como causa y consecuencia de la acumulación del capital a escala mundial. Bloqueado por los nacionalistas o por las organizaciones militares de los trabajadores, las multinacionales se unen a oficiales militares reaccionarios, hombres de negocios locales y pequeña burguesía conservadora para derribar los regímenes populistas y purgar masivamente a la sociedad civil de toda oposición, estableciendo en su lugar el Estado neofascista. En muchos casos, la evolución del neofascismo es facilitada por la presencia del capital multinacional y sus exigencias de controles más severos y expansión. Las políticas específicas que busca el régimen para optimizar las condiciones del capital en expansión incluyen:

1. *Control sobre el trabajo*: imposición de líderes burocráticos, restricciones o abolición de huelgas, manifestaciones, elecciones, etcétera. El Estado fija los salarios a niveles bajos para maximizar las utilidades. Se debilita la seguridad del empleo, dando a los patrones absoluta libertad para cambiar la composición de la fuerza de trabajo, intensificar la explotación, etcétera.
2. *Libertad de obligaciones fiscales*: bajas tasas de impuestos, evasión de impuestos, exenciones sobre exportaciones e importación de maquinaria, etcétera.

¹⁶ Tsuchiya Takeo, “Free Trade Zones in Southeast Asia,” *Monthly Review*, vol. 29, no. 9, Feb. 1978, pp. 29-41.

3. *Subsidios públicos*: concesiones de tierras, construcción o arrendamiento de parques industriales sin costo o a costo muy pequeño; construcción de infraestructura (puertos, ferrocarriles, comunicaciones); préstamos a interés bajo; acceso a ahorros locales, etcétera.
4. *Garantías contra expropiación*: la nacionalización parcial o por cubrir el expediente se acompaña con una compensación a valor de mercado, etcétera.
5. *El desarrollo del Estado complementa el desarrollo de la empresa privada*: no hay riesgo de competencia o absorción por parte del Estado.

La implementación efectiva de estas condiciones por parte de los regímenes neofascistas ha dado por resultado un flujo de capitales en gran escala, inversión extensiva en una variedad de ramas, incluyendo materias primas, electricidad e industria pesada y ensamblaje, y los servicios (turismo, embarques, etcétera). Las tasas de crecimiento industrial de Brasil, Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Malasia, atestiguan la capacidad de estos regímenes para adecuar las condiciones requeridas por el capital extranjero. En este contexto, las altas tasas de crecimiento son un índice de las altas tasas de explotación y represión. El extraordinario aumento de las exportaciones atestigua de manera análoga la libertad absoluta del capital de las corporaciones para funcionar en relación con la demanda mundial y las restricciones impuestas a las demandas de la fuerza local de trabajo (por ejemplo, el mercado interno). La base clasista de la política de desarrollo del neofacismo se pone en evidencia en el contraste entre el flujo de fondos extranjeros en gran escala —préstamos e inversiones— altas tasas de crecimiento industrial, crecientes mercados de exportación para el capital, por una parte, y por la otra los bajos niveles de participación social, niveles de vida estáticos o en constante deterioro, y creciente costo de alimentos y elementos esenciales para la masa de trabajadores. Estos contrastes, que en una sociedad democrática llevarían a conflictos explosivos, subsisten por el uso sostenido y extendido de la fuerza que caracteriza la dictadura neofascista.

Una nota final: el neofascismo, el Estado para todos los fines

Debo hacer hincapié en dos puntos finales: los regímenes neofascistas no se interesan solamente en cuestiones "económicas", sino en aspectos políticos y estratégicos en las confrontaciones globales de clases y de naciones. Más aún, clases e instituciones internas juegan un papel esencial en el desempeño y sostenimiento del régimen y comparten los beneficios. En segundo lugar, el neofascismo confronta severas presiones tanto en el

nivel interno como externo que tienen una tendencia constante a minar su base de control.

El Estado neofascista, además de su papel económico, desempeña numerosas funciones en el nivel nacional e internacional que afianzan los intereses de los capitalistas occidentales. Contrariamente a aquellos autores que enfocan y contrastan los "valores democráticos occidentales" y la conducta neofascista, la relación predominante entre los capitalistas demócratas occidentales y el neofascismo del Tercer Mundo es complementaria y no conflictiva; aunque es cierto que de vez en cuando surgen conflictos específicos.

Políticamente, los regímenes neofascistas mantienen lazos militares y policíacos que sirven para proporcionar apoyo a los países occidentales a fin de contener las fuerzas revolucionarias locales y regionales. Tailandia y Corea del Sur son los ejemplos más importantes de apoyo y colaboración durante el esfuerzo de los Estados Unidos por suprimir la revolución vietnamita. Los despliegues de fuerza de Marruecos fueron útiles para los franceses en Zaire. El envío de fondos de Brasil a Chile para la lucha contra Allende ayudó a los esfuerzos de los Estados Unidos, etcétera. En el nivel internacional, en los foros y en los intentos de crear bloques regionales, los Estados neofascistas han funcionado efectivamente para debilitar o minar la solidaridad del Tercer Mundo. Chile se retiró y como consecuencia se debilitó el impulso nacionalista del Pacto Andino;¹⁷ Irán limita el aumento en los precios del petróleo; Malasia promueve una expansión sin límites del capital extranjero. El neofascismo, con su estridente anticomunismo, refuerza y apoya las posiciones occidentales contra los Estados revolucionarios en los foros internacionales como las Naciones Unidas. Sin embargo, aumentan las tensiones entre las necesidades inmediatas de los regímenes neofascistas para consolidar su poder mediante el terror y la dependencia que tienen los gobiernos occidentales respecto de las normas democráticas a fin de mantener la legitimidad. La tendencia de los Estados neofascistas a enriquecer a sus partidarios y las necesidades de la corporación de una administración eficiente que proporcione servicios origina otros conflictos.¹⁸

Los "costos" de la expansión del aparato estatal y las imposiciones sobre la corporación constituyen otra área de contención. El crecimiento excesivo de la actividad estatal —la activación y expansión de las empresas del Estado— pueden conducir a áreas de conflicto y negociación entre los regímenes neofascistas y las corporaciones. Finalmente, la búsqueda agresiva de exportaciones por medio de subsidios estatales por los neofascistas puede llevar a conflictos con el Estado metropolitano,

¹⁷ James Petras and Morris Morley, "Comment le pacte andin fut vide de sa substance," *Le Monde Diplomatique*, Abril 1978.

¹⁸ Edouard Bustin, "The Problem in Zaire: A Corrupt Regime", *Christian Science Monitor*, Mayo 26, 1978.

especialmente en épocas de alto desempleo.¹⁹ En este contexto, los estados metropolitanos pueden jugar con la idea de “democratizar al Estado”, esencialmente dándole una nueva apariencia al régimen para debilitar el empuje estatista, cubrir las críticas del “flanco de los derechos humanos” y debilitar la posición comercial competitiva del régimen. El Estado fascista, al luchar así por sus posiciones a corto y a largo plazo, crea tensiones entre su necesidad de una máquina represiva y su necesidad de convertir al Estado en un instrumento para el desarrollo económico, con un requerimiento mínimo de aportación de ideas, intercambios externos y reclutamiento de mano de obra especializada. El Estado en la sociedad neofascista se enfrenta a la tarea de sostener una posición de “fuerza” (represión) contra el trabajo y una posición de permeabilidad y accesibilidad hacia las multinacionales, combinando ambas selectivamente con grupos rivales de capital nacional. El proceso de creación de instituciones implica la creación de elaboradas estructuras de control sobre trabajo/pueblo, sin que entorpezcan el sentido de “libertad” esencial para el crecimiento del capital. El régimen debe ser, en lo interno, dinámico, proporcionando una variedad de medidas para promover la explotación extensiva/intensiva y externamente dependiente, buscando las fuentes en el exterior para promover el comercio, la inversión y la tecnología. El neofascismo comprende los principios de una comunidad políticamente cerrada y económicamente abierta.

En conclusión, hemos asentado que la aparición del neofascismo en Asia y América Latina está ligada a un proceso común de desarrollo económico que viene del “centro”. Hemos señalado la intervención necesaria entre el desarrollo capitalista a largo plazo y en gran escala del exterior y el fascismo, *dados* los altos niveles de conflictos de clase y nacionalistas *anteriores* a la iniciación del proceso. En este sentido, los regímenes represivos no son meramente una función de una estrategia de desarrollo económico o una fase de la industrialización, sino más bien el resultado de una combinación de procesos políticos, sociales y económicos que surgen tanto a nivel nacional como internacional.

Oposición política y nacimiento del neofascismo

Uno de los aspectos más impresionantes del surgimiento del neofascismo es la relativa facilidad con la cual se ha adueñado del poder, a pesar del crecimiento y extensión de organizaciones populares de masas en todas las sociedades latinoamericanas. Éste fue especialmente el caso en Chile y Brasil, donde virtualmente no hubo protestas organizadas a es-

¹⁹ “United States Attacks Brazil’s Trade Policy,” *Latin America Economic Report*, vol. VI, no. 21, junio 2, 1978, pp. 166.

cala nacional. En Argentina y Uruguay hubo huelgas generales prolongadas que facilitaron la toma del poder, no guerras civiles o insurrecciones de masas. De igual manera, en el período inmediatamente posterior a la toma del poder el régimen pudo ejecutar, arrestar y purgar decenas de miles con poca resistencia. Aunque sin duda el terror intimidó a muchos, hubo focos de resistencia; sin embargo los regímenes neofascistas pudieron consolidar su poder con relativa facilidad. La cuestión de por qué la oposición y el disenso fueron tan fácilmente aplastados se presenta como un problema importante no sólo para fines históricos sino también porque las condiciones de continuidad de la dictadura neofascista requieren que examinemos críticamente los factores que obstaculizaron la oposición a fin de determinar cuáles podrían ser los elementos necesarios de una oposición con éxito que pudiera surgir en el futuro. A este respecto, probablemente el caso más impresionante del fracaso de la oposición de masas para detener el fascismo es Chile. Examinando brevemente el caso de Chile antes y después de 1973 posiblemente podremos identificar algunos de los factores generales que facilitaron el triunfo de los fascistas.

Una respuesta simple a la cuestión de por qué el fascismo triunfó sería la "impreparación" de las fuerzas antifascistas. Pero esta simple fórmula de hecho esconde un conjunto complejo de factores de organización política y sociopsicológicos que penetran profundamente en la historia del desarrollo de la izquierda y que ayudan a explicar su relativa pasividad al enfrentarse al holocausto chileno.

Por ahora, me gustaría citar algunas áreas interrelacionadas que se combinaron para delinear la respuesta política o la falta de respuesta a los hechos que se están discutiendo. Entre las áreas más importantes que requieren investigación, me gustaría mencionar la cultura política, psicología y organización, análisis y programa políticos y finalmente las modalidades de participación en la política; lo que podría llamarse el estilo político de vida, o la manera en que se mezclaron las actividades públicas y privadas.

La política de la izquierda en Chile compendia los principios de la cultura cívica; en especial la política abierta a todos los niveles de la vida política; la estrategia y las tácticas, las divisiones y los debates se hacían públicos, ya fuera intencionadamente o no. Había un alto grado de confianza y reciprocidad que se extendía hasta el rincón más apartado del espectro político. Las virtudes personales tales como el honor, la honestidad y el respeto por la persona eran un lugar común y algo que se esperaba. Fue así que cuando Pinochet tomó el poder, prominentes miembros del gabinete me describieron con gran disgusto su "deshonrosa" conducta y su "traición" como si tuviera con ellos valores comunes y persiguiera los mismos objetivos. Puede decirse lo mismo en relación a la conducta del gobierno de los Estados Unidos. Después de las revelaciones de los Comités del Congreso que mostraban con documentos el

apoyo de Kissinger a la intervención directa, un miembro del exgabinete se indignó porque éste había prometido solemnemente, después de las revelaciones de la ITT, no intervenir en la política interna de Chile: esa duplicidad descarada y mentira atroz, calculada para servir a un interés de clase, fue vista como una violación a un código de ética personal, así como a la política democrática. Estas creencias y prácticas, que afectaron profundamente la conducta diaria de la mayor parte de los sectores de la izquierda, desde los dirigentes del gobierno hasta las bases tuvieron graves consecuencias al enfrentarse a una oposición interna cuasi-totalitaria (la burguesía y los militares), y con aquellos encargados de dirigir la política desde Washington con la mira de obtener el poder. Cada esfuerzo de la izquierda por negociar y regatear, características propias de la cultura política, fue visto por sus enemigos de clase internos y externos como un signo de debilidad que debía ser explotado con un sólo fin en mente: minar y destruir el movimiento de las masas hacia el socialismo. La naturaleza casi totalmente pública de las actividades y la organización política dio por resultado que todos los miembros fueran fácilmente identificados y sus responsabilidades, puestos, etcétera, conocidos por sus enemigos, facilitando así ser puestos en la mira para la represión. Con la misma facilidad con que los académicos progresistas de los Estados Unidos tuvieron acceso a sus colegas chilenos, la CIA compiló una larga lista de 50,000 nombres que se convirtió en lista clave para la DINA. Imbuida con las tradiciones de civilismo y política abierta que sus oponentes burgueses abiertamente articulaban, mientras subrepticiamente complotaban para destruir las organizaciones de izquierda, ésta omitió tomar las mínimas precauciones de seguridad y no estableció redes clandestinas, para no hablar de una tradición de organización de operaciones cerradas, encubiertas, y conductas simuladas, tan necesarias para resistir al Estado policiaco.

Las mismas características de la política de la izquierda chilena que resultaron tan atractivas para los defensores del libre albedrío, los liberales y los socialdemócratas de Norteamérica, fueron precisamente las que le impidieron actuar decisiva y despiadadamente para aplastar la coalición de derecha que estaba surgiendo y que organizó el golpe y la purga masiva posterior.

Independientemente del estilo de la política, la esencia de la política de la izquierda chilena afectó profundamente su capacidad para actuar. La izquierda chilena nunca intentó seriamente formular programas y basar su análisis y práctica tomando en cuenta la posibilidad de una ruptura del sistema político: menos de tres semanas antes del golpe el líder de la federación sindical más importante elogió y defendió al alto mando militar y su presencia en el gabinete en un mitin de masas áspero y conflictivo, a pesar de que era de público conocimiento que muchos comandantes, si no todos, eran enemigos a muerte del régimen. Un alto funcionario comunista rompió con un amigo una larga amistad esa noche por señalarle las

tendencias al *putsch* y acusó a los críticos de provocar una guerra civil. La idea de continuidad institucional, imbuida del concepto del "militar profesional" estaba tan profunda y ampliamente extendida entre los líderes de la izquierda que hasta cuando sus miembros políticos menos sofisticados, que ya estaban experimentando la represión militar antes del golpe, protestaron por los llamados a la acción, fueron sumariamente depuestos.

Carentes de una teoría adecuada que guiara la práctica de la transición revolucionaria, los líderes de la izquierda mostraron ineptitud para la movilización política y la preparación de organizaciones de masas para el combate. Las marchas rituales en ocasiones simbólicas, las afirmaciones de lealtad a la Constitución (despreciada por la oposición), las exhortaciones al sacrificio sin los esfuerzos consecuentes para crear los instrumentos de organización, dieron por resultado un severo deterioro en la moral. Actuando con una concepción pluralista del Estado, especialmente de los militares y de la sociedad, la izquierda fue incapaz de franquear la brecha entre un pasado en el que se había sumergido, interesada en una política democrática electoral, y un presente en el cual la lucha armada entre los intereses de clases antagónicas figuraba como primer punto de la agenda. De igual manera, se disminuyó la importancia del imperialismo como un fenómeno político-económico en el cual el Estado imperial juega un papel central especialmente en confrontaciones políticas de importancia, sustituyéndola por un concepto económico en el cual las multinacionales se identificaban como la unidad central en el conflicto antiimperialista. Fue así como Allende, en su discurso ante las Naciones Unidas denunciando la intervención de los Estados Unidos, hizo diferenciaciones entre la ITT y el Estado, un error fatal, pues las actividades de las multinacionales resultaban esfuerzos casi zafios e ineficaces comparados con los recursos masivos y las complejas operaciones del Estado imperial. La falla de la izquierda para conceptualizar adecuadamente la relación entre la lucha electoral y la lucha armada contribuyeron a la crisis prolongada anterior al golpe. El profundo colapso después del golpe, evidenciado por la falta de cualquier movilización nacional y de resistencia, fue una parada impresionante de la desorientación total de los líderes, producto de sus supuestos políticos, sus análisis y estrategia. Efectivamente, aun en la misma época del golpe, el líder comunista Godoy, al hablar por televisión, pidió a los seguidores del partido resistir y no actuar prematuramente, como si no fuera clara la dirección hacia la que se encaminaban los militares. Con el Palacio de la Moneda en llamas, sus seguidores siendo cazados y abatidos en las calles, Godoy todavía se aferraba a su dogma pluralista del partido. La misma posición quizás explica en parte la inmovilidad total de los líderes de los sindicatos. A diferencia de Uruguay en donde los sindicatos se lanzaron a una huelga masiva por quince días antes de sucumbir a los militares, en Chile los izquierdistas nacionales no fueron capaces de proveer liderazgo ni dirección a

los sindicatos. Desde el golpe, gran parte de su actividad ha estado encaminada a presionar a los entonces colaboradores del Partido Demócrata y a los líderes que ellos han designado para hacer demandas salariales y críticas retóricas.

La clave de la conducta política de la izquierda chilena se encuentra en su inmersión en las rutinas de la vida política democrática burguesa diaria. Los rituales de la vida parlamentaria, los deberes, obligaciones, cortesías y favores, borrarón la voluntad del poder, el sentido de endurecimiento, la conducta determinada del que sabe que debe conquistar o que será conquistado. El detallado informe parlamentario, más que la audaz acción revolucionaria, era la norma. La tradición del regateo pacífico y el civilismo predispuso a la izquierda a eludir la guerra civil a todo costo, en un contexto prerrevolucionario de clases que la hacía inevitable. Este contexto político cambiante y los términos en que se planteó la contienda hicieron estos valores muy poco funcionales.

Entre la oposición de la izquierda a Allende y los comunistas, existía el reconocimiento de la ausencia total de un sentido del poder y de su ubicación real en el aparato del Estado. Pero muchos de estos críticos jugaron en la guerra de clases, con una militancia verbal, mientras continuaban los preparativos de los derechistas. De hecho, esta militancia verbal sirvió como un pretexto para que la derecha acelerara y camuflara las actividades que desarrollaba mientras atacaba la retórica poco democrática de la izquierda, calificándola de amenaza real, lo que infortunadamente no era. A diferencia de la izquierda, la derecha se movió con una alta eficiencia militar, organizando el apoyo de los militares, purgando a los disidentes, desde los generales hasta los rasos en la marina y el ejército, sin tomar en cuenta la mitología democrática que sus partidarios civiles enunciaban. Es en este contexto donde las declaraciones de algunos académicos de los Estados Unidos de que la ultraizquierda provocó el golpe deberían ser evaluadas. Sirve para disfrazar aún más la base de clase de la política derechista, los objetivos antidemocráticos de los colaboradores moderados de los totalitarios y la grave debilidad política de una transición democrática al socialismo. La derecha, desde el principio al fin, desde los Estados Unidos a Frei, se movió con un solo propósito: destruir el experimento del socialismo democrático y la tragedia es que la política, antecedentes, tradiciones y estilos políticos de los líderes tradicionales de la izquierda, pudieron hacer poco para impedirlo.

Contradicciones y oposición al neofascismo

La elevación y consolidación de regímenes neofascistas en América Latina ha sacado a la luz contradicciones y conflictos en toda la sociedad.

En la esfera ideológica y de organización, el monopolio del poder que detenta el Estado ha llevado a conflictos con clérigos y mujeres, más específica, pero no exclusivamente, entre aquellos orientados a una acción social. La iglesia de Brasil ha atacado la doctrina de la seguridad nacional como un instrumento para la negación de los derechos políticos y la modernización económica dirigida por la élite como un medio de opresión de los pobres. Mientras la Iglesia ha estado y continúa estando profundamente dividida respecto de cuestiones sociales, la falta de consideración que han mostrado los neofascistas para la autonomía de la organización de la Iglesia, los arrestos, asesinatos de sacerdotes, la violación de los santuarios religiosos, han forzado aun a miembros conservadores de la Iglesia a aliarse con los reprimidos en el nombre de una solidaridad de la organización. Así, uno de los sectores significativos de la oposición al neofascismo se ha localizado entre los clérigos. La base política de la oposición varía y las diferencias incluyen a aquellos que se oponen:

- 1) al uso arbitrario de la fuerza y la aplicación de torturas, la crítica de "los derechos humanos".
- 2) la falta de democracia, derechos políticos y la ausencia de partidos políticos y elecciones.
- 3) la falta de equidad, las políticas socioeconómicas que producen desempleo, bajos niveles de vida, desigualdades crecientes;
- 4) el sistema socioeconómico, que es la causa principal de la represión, la opresión y la explotación.

Así, mientras la oposición al neofascismo ha estado aumentando entre los eclesiásticos, la base de la oposición todavía refleja las divisiones conservadoras, radicales y liberales. Sólo el extremismo actual de los regímenes crea la apariencia de la unidad. Sin embargo, los ataques del régimen a los miembros de la Iglesia, su esfuerzo por monopolizar la prensa y la información, y la falla para respetar las áreas de autonomía y autoridad de la Iglesia, han conducido a conflictos con la jerarquía en su totalidad, conflictos que, sin embargo, han llevado más a menudo a negociaciones e intercambios agudos que a confrontaciones.

El segundo grupo en la oposición al régimen neofascista es la burguesía nacional. Como señalamos antes, el modelo de desarrollo mina las operaciones de este estrato, reduciendo tarifas proteccionistas, subsidios, créditos, y las dimensiones del mercado interno mediante reducciones en salarios y gasto público. Además, la promoción de las corporaciones multinacionales y la expansión del Estado tienden a desplazar cada vez más a un papel secundario a la burguesía nacional.

Las quiebras y las pérdidas económicas han empujado a sectores de la burguesía en Brasil, Argentina y Chile, a adoptar dos formas de oposición:

- 1) Demandas al régimen para que cambie su política económica hacia el "desarrollo nacional".
- 2) Demandas por un regreso a la democracia sin los marxistas.

En ambos casos hay un lazo directo entre las pérdidas económicas y la oposición política. Sin embargo, dadas las restricciones del régimen político y el temor al levantamiento de masas, la burguesía nacional ha limitado sus peticiones a la élite política y económica sin comprometerse en ninguna movilización política de importancia. El tercer origen de oposición ha sido entre los profesionistas, abogados y juristas que han intentado formar sus asociaciones profesionales para pedir el fin de los arrestos arbitrarios y el retorno a las normas jurídicas. Todos estos profesionistas se han visto seriamente afectados en su trabajo por el régimen. El grupo combina llamados a los derechos humanos (y a poner fin a la tortura) con llamados legalistas. Durante el período en el cual la represión disminuye, hay también llamados para un retorno a la democracia, que esencialmente a grupo a los sectores de los profesionistas liberales para el retorno a la política liberal.

También han aparecido entre los militares tres tipos de oposición:

- 1) aquellos que piden un retorno a una forma de gobierno "democrático" civil con veto de los militares y restricciones para la izquierda; esto incluye grupos en Brasil, Argentina y Chile.
- 2) Un sector nacionalista que apoya la estructura política represiva y se opone a las políticas económicas liberales de puerta abierta que favorecen a las corporaciones multinacionales. Ese grupo puede ser denominado como el ala nacionalista-fascista que cita ocasionalmente la experiencia fascista en Europa, como en el caso de Argentina.
- 3) Una facción ultrafascista que apoya la represión masiva sostenida, independientemente del costo económico y el aislamiento internacional. La existencia de este grupo es el pretexto actual para que los periodistas de los Estados Unidos denominen a los representantes de regímenes actuales como "moderados".

Sin embargo, hasta ahora, no ha surgido una alianza amplia de la burguesía nacional, los profesionistas liberales, los miembros de la Iglesia y militares ilustrados, capaz de coordinar una acción unida y que cuente con apoyo de las masas. Cada grupo tiende a concentrar sus actividades en su problema institucional particular.

Las tentativas liberales y militares, de profesionistas para moverse de un campo a otro, han sido suprimidas y la mayoría de las actividades públicas, fuera de la Iglesia, se combinan con profesiones de lealtad al régimen. Por lo tanto, sin dejar de reconocer la existencia y aun el potencial de estos grupos de oposición, la falta de lazos resultantes y de su voluntad de trabajar estableciendo canales institucionales parece limitar

su electividad real para derribar a los regímenes neofascistas. En el mejor de los casos, puede sustituir con una nueva forma de autoritarismo que conceda derechos limitados a grupos restringidos y partidos políticos.

Aparte de estas élites políticas y actuando de manera subterránea entre la legalidad y la ilegalidad —más la segunda que la primera—, están las organizaciones populares de trabajadores, estudiantes y habitantes de los suburbios pobres. En todos los regímenes fascistas se suprimen absolutamente los derechos democráticos básicos a las organizaciones de masas y sus miembros. Sus actividades internas están reguladas por el Estado y sus derechos de protesta son denegados. Las purgas masivas han dejado en sus puestos a líderes que no tienen pasado político o que son aceptables para el régimen. En cualquier caso, el derecho a movilizar a los miembros, utilizarlos para manifestaciones, huelgas, etc., es ilegal. En estas circunstancias, la disensión ha tomado diversas formas:

- 1) Los líderes existentes, aun aquellos en quienes confía el régimen, se han visto presionados por las masas y el gran deterioro de los niveles de vida al grado de hacer protestas públicas y demandas de mejorías económicas.
- 2) Los grupos clandestinos de base que actúan en organizaciones paralelas se han atrevido a organizar huelgas locas o sin autorización. Los trabajadores de las fábricas de autos en Brasil, los trabajadores ferrocarrileros y del Metro de Argentina, los mineros de Chile, todos han apelado a esta forma de protesta. Aunque el énfasis aparente se centra en salarios y demandas salariales, está implícito un ataque a todo el aparato de control estatal. Ha habido también protestas respecto de líderes secuestrados y asesinados por el régimen. No es poco frecuente que el régimen neofascista conceda las demandas económicas de los trabajadores y arreste selectivamente a los líderes disidentes si los puede identificar.

La oposición de los estudiantes ha sido esporádica y generalmente ineficaz. Las universidades han sido purgadas masivamente, los arrestos y asesinatos extendidos han sido combinados con una perpetua infiltración e intervención de los militares y la policía secreta para limitar la efectividad de los estudiantes. Sin embargo, éstos han elevado demandas que van desde la libertad universitaria a un llamado general para la restauración de la democracia. La mayor parte de la inteligencia crítica ha sido forzada al exilio o se dedica a realizar críticas prudentes de las políticas y una crítica indirecta o esopiana del régimen. Mientras el régimen neofascista y sus principales fuerzas de apoyo han permanecido relativamente unidas, los movimientos de las masas desde abajo no han sido capaces de asegurar el espacio político y la libertad de comunicar y organizar protestas sostenidas y masivas. La desconfianza de la oposición de la élite, el poco deseo que ésta ha mostrado de incluir, de manera cons-

ciente, intereses socioeconómicos dentro de su programa político (confiándose a llamamientos democrático/nacionales), y su miedo a una revolución de masas más amplia ha impedido que se unifique la oposición masa/élite. Han surgido otras luchas comunes limitadas a los derechos humanos, tales como las que demandan al régimen explicaciones sobre la suerte de "prisioneros desaparecidos", torturas e interrogatorios, existencia de escuadrones de la muerte integrados por la policía, etc. Pasado ese límite, las diferencias entre los disidentes aumentan. El elemento más importante que ha favorecido la cooperación entre la oposición de la élite a favor de cambios políticos limitados y grupos con una base de masas ha sido el Partido Comunista y, en un grado menor, los grupos "nacionalistas populistas". Los partidos comunistas han forjado un concepto de alianza que incluya a todos los sectores basándose en las demandas mínimas de la oposición de la élite; pero para las negociaciones se depende del respaldo táctico que ésta aporta. De aquí que los jefes de la Iglesia y la burguesía nacionalista reciban apoyo y que las demandas de las masas se restrinjan a los límites que estos grupos imponen. Esas condiciones han hecho que la presión de las masas disminuya a fin de no asustar o alejar lo que se describe como "las fuerzas democráticas". El escenario de la lucha es igualmente limitado a las organizaciones de presión existentes y a los líderes permitidos por la junta, cuya conducta durante todo el tiempo ha sido un sostener un conflicto negociado y limitado así como llamados ineficaces al régimen.

Aparte de estas oposiciones oficiales, existe una gran masa de descontento vinculada a grupos y líderes locales muy poco respetados y con un gran miedo al régimen. Las grandes huelgas de Brasil en mayo de 1978, en Argentina en noviembre de 1977 y la protesta chilena del Día del Trabajo encabezada por el líder sindicalista Clotario Blest prueban la vitalidad de las clases populares más que una mera pasividad. La aparición de comisiones clandestinas de trabajadores en las fábricas hace aparecer los proyectos "corporatistas" como cáscaras vacías carentes de cualquier significado y participación de las masas. El voto masivo de oposición contra el régimen brasileño y en favor del movimiento democrático en los grandes centros industriales es una prueba más significativa del disgusto de las masas con el régimen que los llamados de los políticos burgueses que encabezan el partido. Esta oposición de las masas que existe en todos los países neofascistas permanece sin embargo fragmentada, limitada a industrias, regiones y grupos particulares de afectados en un momento dado. Carentes de un liderazgo nacional, pueden ser embaucados por líderes políticos ambiciosos entre las clases de profesionistas y burgueses, o quizás hasta por demagogos políticos entre los militares disidentes. Sin embargo, la falta de cualquier movimiento vertical viable para cambios nacionales y democráticos, podría conducir a la larga al surgimiento de una disidencia desde abajo encabezada por los socialistas.

CONCLUSIÓN

Hemos visto cómo el neofascismo genera contradicciones en el interior de su propio bloque de fuerzas, provocando la división entre sus propios seguidores potenciales: eligiendo a las corporaciones multinacionales con preferencia sobre la burguesía nacional; buscando el control absoluto a expensas de la Iglesia; minando las condiciones de empleo de los profesionistas en la reorganización del Estado y la estructura jurídica así como en la aplicación de las leyes, etcétera. La consolidación del neofascismo constituye entonces al mismo tiempo el desbaratamiento de la base de clase de su autoridad. La concomitante apariencia de solidaridad basada en el uso de la fuerza y el aplastamiento de la crítica se une a la multiplicidad de grupos y clases que, en una o en otra forma, se le oponen.

La capacidad del régimen para impedir hasta ahora las alianzas de la oposición que han surgido como consecuencia, no pueden ocultar las dimensiones de ésta. Aunque el neofascismo mantiene el poder en Brasil desde 1964, en Chile desde 1973, en Uruguay desde 1974 y en Argentina desde 1976, se ha creado una serie de puntos álgidos de oposición que presagian la posible desaparición de tales regímenes.